

CRÓNICA DE UN PEREGRINO. Del 6 al 13 de octubre de 2009.

Con la “Guía del peregrino, Roma 2009 , Mi viaje con Damián” en la mochila roja, que a lo largo de la peregrinación nos identificaría como peregrinos a Roma “por la canonización de Damián de Molokai”, a la puerta del colegio Virgen de Mirasierra, a las 23,20 del martes, 6 de Octubre espero entre tranquilo e inquieto, pero alegre y esperanzado que el resto de peregrinos-125 alumnos y 10 profesores- vaya acudiendo a la cita. Poco a poco la puerta del colegio se va poblando de sombras y voces de los niños y jóvenes, entre 11 y 17 años, más los familiares y amigos que les acompañan para despedirles.

Algunas familias y profesores se despiden hasta pronto, porque el viernes iniciarán su particular peregrinación y damos por supuesto que nos veremos en Roma. Cinco minutos antes de la hora prevista ( 00h. del 07-10-09) los tres autocares salen en dirección a Roma.



Por delante tenemos siete días, muchas horas de autocar y una convivencia obligada. En la mochila, junto al libro del peregrino llevamos **la ilusión** de acudir a un acontecimiento histórico, cuya dimensión nos sobrepasará en el tiempo, en el espacio y en lo trascendente; **la esperanza** de contagiarnos un poco de la vida de San Damián, tanto de su fe en Cristo resucitado, como de su entrega a los más necesitados; **la voluntad** de lograr una convivencia fraternal basada en la tolerancia, en el respeto y en el amor; y la seguridad de que nuestra peregrinación va a ser una **manifestación evidente de la vocación universal de los Sagrados Corazones** y cuando asistamos todos a la eucaristía de la canonización en la plaza de San Pedro estaremos confirmando la **unidad de la iglesia universal presidida por el sucesor de Pedro.**

A medida que los autobuses nos van introduciendo en la aventura de nuestra peregrinación, vamos separándonos, despegándonos de la monotonía de las cosas de cada día. Atrás queda la familia, los amigos, la comodidad, el chateo, la seguridad que da tener una casa, una familia, el mismo paisaje, etc.



Los kilómetros se suceden y se alternan con las paradas, se multiplican los encuentros entre los peregrinos cada vez que subimos y bajamos del autocar y dentro del autocar. La Junquera, Perpiñán, ya es de día, pasamos cerca de Nimes y de Arlés. El Señor nos regala los paisajes de la Costa Azul, Niza, Mónaco. Despedimos a Francia en el pueblo de Menton, vemos su bello campanario asomado al mar y rápidamente, sin darnos cuenta ya estamos en Ventimiglia, primera ciudad italiana de nuestro recorrido. Llegamos a San Remo.

El hecho de ir en autocar ayuda a tener la percepción de que aunque los hombres nos empeñemos en poner fronteras, la tierra raramente es radicalmente distinta de un país a otro. Nosotros somos los mismos a un lado u otro de esta o aquella frontera y nuestra mochila sigue henchida –como decíamos antes- de ilusión, esperanza, voluntad y universalidad. Seguimos acompañados del mismo Dios.....

Tenemos poco tiempo en San Remo, pero nos da tiempo a encontrar el Hotel, distribuir las habitaciones, cenar y salir a dar un paseo por el Casino Municipal, el puerto o el centro de la ciudad, que nos sorprende con su catedral románica-gótica del siglo XII-XIII de San Siro. Incluso dio tiempo a que algunos se mojaran los pies en el mar.

Al día siguiente, 8 de octubre salimos con renovada ilusión y seguimos disfrutando del paisaje de la Riviera italiana. Atravesamos las últimas estribaciones de los Alpes por túneles y puentes. A nuestra izquierda se elevan y se crecen y a nuestra derecha se humillan hasta morir en el Mar. Al pasar por Génova, vemos su puerto y lamentamos no tener tiempo para pasearlo. Dejamos las minas de mármol de Carrara a nuestra izquierda y llegamos a Pisa.

Rodeamos las murallas medievales y damos vista a la plaza de los milagros, donde se encuentran el Batisterio, la Catedral y la Torre inclinada. Realmente es un espectáculo maravilloso.

Continuamos nuestra peregrinación. Al atardecer el Tiber nos recuerda que estamos cerca de la Ciudad Eterna. Recorremos la circunvalación norte para llegar a Palestrina, lugar de alojamiento, cerca de Roma y tras unos titubeos encontramos el Hotel.

Los días previos a la Canonización, viernes 9 y sábado 10, son días muy completos de una convivencia muy intensa, donde alternamos la oración, las visitas turísticas-religiosas, los encuentros de jóvenes sagrados corazones el día 9 en el Festival en el Colegio Pío Brasileiro (Vía Aurelia, 527) y el día 10 en las vísperas o Vigilia de oración en la barroca iglesia de San Andrea del Valle, cerca de la Plaza Venecia.



Por fin llega el esperado domingo, día 11. Madrugamos a las 5 y media. Había que asearse, terminar de hacer la maleta, bajarla, desayunar y salir hacia la Plaza de San Pedro. Hicimos nuestra oración en el autobús, como otros días y después de recorrer los 40 kilómetros que nos separan de Roma, llegamos a las inmediaciones del Vaticano.



Aquí vivimos la alegría de encontrarnos con más profesores y familias de alumnos de nuestro colegio. Las camisetas, las mochilas, las pañoletas rojas distintivas de los peregrinos de San Damián junto a otros distintivos de la canonización de otros santos y alguna que otra bandera de España y de otros países alegraban a la vista el paisaje de miles y miles de peregrinos, que pretendíamos entrar a la Plaza de San Pedro desde la Calle del Santo Oficio.

Después de los agobios hasta entrar por los arcos de seguridad mostrando la invitación, que portábamos al efecto, fuimos tomando posesión de esa plaza de San Pedro o mejor dicho, la Iglesia de Jesucristo nos recibía con los brazos abiertos a todos los peregrinos venidos de todas las partes del mundo. La emoción era grande. Por fin estábamos sentados en la plaza, en el centro de la cristiandad, asistiendo a un momento muy importante de la Historia de la Iglesia Universal y de la Historia de los Sagrados Corazones.

Nos decepcionó el hecho de que la eucaristía se celebrara en el interior de la Basílica y no al aire libre como la inmensa mayoría creíamos y deseábamos. No obstante y a pesar también del calor, nos fuimos metiendo en la ceremonia y fuimos disfrutando de la eucaristía presidida por el Papa y especialmente de la canonización, mientras recordaba un fragmento de la carta de los Superiores Generales de los Sagrados Corazones que tenemos en el libro del Peregrino, donde dicen: “La **santidad** es la expresión de las maravillas que el Señor hace en medio de su pueblo. Los Santos son signos eminentes de la acción del Espíritu del Resucitado en la realidad humana...”



Al terminar la eucaristía, el Papa salió al exterior y nos dio la bendición papal teniendo la deferencia de hablar en distintos idiomas, entre ellos el español.

Dedicamos un tiempo para comer y cerca del Puente de Umberto I, subimos al autocar para volver a San Remo. Hubimos de telefonar a los hoteles para avisar que llegaríamos tarde -11.30 de la noche- para que en lo posible nos tuvieran preparada una cena caliente. Lo conseguimos y después de cenar y distribuir nuevamente las habitaciones, salimos a dar un paseo por San Remo hasta la hora de retirarnos a descansar.

El lunes, día 12 nos despertamos con satisfacción de que cerca de Dios teníamos a San Damián, que intercediera por nosotros cerca del Padre y acordándonos de que en España celebramos la Fiesta Nacional, la Virgen del Pilar... rezamos en el autocar un misterio del rosario como homenaje a la Virgen y comenzamos nuestro regreso a Madrid, donde llegamos el martes 13 a las 4 de la madrugada, muy cansados, pero con la mochila más llena que a la ida. Donde había ilusión, ahora traemos satisfacción por haber participado activamente en la historia, donde había esperanza de contagio de la santidad de San Damián hay una sensibilidad especial para atender a los más necesitados, donde había voluntad de convivir, ahora traemos una muy rica experiencia de convivencia entre todos los participantes, que nos sirve para madurar y para mejorar nuestras relaciones en el colegio y por supuesto que también hemos experimentado lo universal de los Sagrados Corazones, dentro de la Iglesia Universal de Jesucristo.

Antonio Nieves García